

extensa. Por lo cual en 24 de abril envió Pole de Bruselas a Roma a Nicolás Ormanetto, y en 4 de mayo a Enrique Penning a Londres, para tratar más en particular con el Papa y la reina sobre esta cuestión candente (1). Fuera de eso, Ormanetto había de dar cuenta de la comisión francesa del legado (2).

María instaba por una pronta respuesta. En la primera audiencia que concedió a Penning, preguntó al punto cómo estaba el negocio de los bienes eclesiásticos, y cuantas veces le veía, volvía al mismo asunto (3). Según su opinión, el Papa había de mostrarse lo más generoso posible, y renunciar enteramente a la restitución de los bienes de la Iglesia. Pole, por el contrario, no podía conformarse con semejante solución de la cuestión (4). Creía él que de este modo se producía la apariencia, de que se comerciaba con el retorno a la Iglesia; decía que primero había de volver Inglaterra incondicionalmente a la unidad católica, y dejar después todo lo demás a la generosidad del Papa. Con todo, al nuncio de Bruselas, Muzzarelli, lo mismo que al Papa, parecía este modo de ver demasiado rígido. En un breve de 28 de junio dió Julio III a su legado los más amplios poderes, para dejar cualesquiera bienes eclesiásticos, muebles e inmuebles, en las manos de los que al presente los poseyesen (5). Pero por desgracia el tenor del breve (6) no excluía toda duda sobre la intención del Papa, y suscitó más tarde sospechas entre los recelosos.

El breve llegó a Bruselas el 29 de julio (7). Pocos días antes se había celebrado el casamiento español, y así pareció al fin querer sonar para Pole la hora largo tiempo suspirada, en que pudiese ejercer su cargo de legado en el suelo inglés. Pero en el intermedio suscitáronse de nuevo tales dificultades, que Pole mismo tuvo por irrealizable su comisión, y pidió al Papa le mandase volver.

Con su mediación de paz en Francia nada había Pole conseguido, y especialmente con su partida anticipada se había atraído

(1) Ancel, 779.

(2) Ibid., 767.

(3) Ancel, 779, nota 3, 780, nota 3.

(4) Ibid., 779, 780.

(5) Wilkins, Concilia IV, 102 s. Weiss, Papiers de Granvelle, IV, 264. Ancel, 781.

(6) Pole tiene la facultad, arbitrio tuo auctoritate nostra tractandi, concordandi, transigendi, componendi, et cum eis, ut praefata sine ullo scrupulo in posterum retinere possint, dispensandi, sobre los bienes eclesiásticos.

(7) Ancel, 781.

el descontento del emperador. Cuando en 21 de abril se presentó a Carlos V y le dió cuenta del lamentable resultado de su comisión, por toda respuesta le declaró el emperador, que si nada más tenía que decir, sería mejor que no volviese a comparecer para nada en su presencia (1). El cardenal había hecho su posición más dificultosa, por razón de que desde Francia no hizo llegar al emperador comunicación alguna sobre los pasos que había dado con el rey, y en su correspondencia epistolar con la reina de Inglaterra no dijo palabra sobre el casamiento español. Renovóse otra vez el antiguo recelo de que era contrario a este enlace; y hasta se sospechó, que favorecía la sedición de Wyatt. Su misma permanencia en el suelo francés parecía ser como una manifestación de amistad con una Potencia, que era la peor enemiga de María, y dió ocasión a demostraciones, a las que se sustrajo ciertamente Pole con una partida acelerada (2).

Por consiguiente no sólo quedaba del todo fracasada la comisión de Pole como medianero de paz, sino también parecía haberse hecho imposible su misión a Inglaterra, la cual no se podía llevar al cabo sin consentimiento del emperador. El legado, profundamente apesadumbrado, se retiró a la abadía de Dilighem junto a Bruselas (3), desde donde proseguía la ya mencionada negociación con María sobre los bienes eclesiásticos, pero por lo demás desapareció enteramente de la vida política. Ya a principios de mayo había rogado al Papa, que en su lugar nombrase otro legado para Inglaterra (4). Pero de esto nada se quiso saber en Roma por ningún caso; mandando volver al príncipe de la Iglesia, una vez enviado solemnemente, se hubiese quedado mal ante todo el mundo, y quizá se hubiese perjudicado de un modo irremediable a la reducción de Inglaterra a la Iglesia. La penosa situación de Pole en estos meses de incierto aguardar se hizo todavía más amarga, por razón de que tampoco en Roma se aprobó en todo su conducta. Indicóle Morone, que hubiese debido declararse resueltamente por

(1) Carta de Pole a Julio III, de 22 de abril de 1554, publicada por Brown, V, n. 877; cf. n. 882, p. 494; Ancel, 765.

(2) Ancel, 764 s.

(3) Ibid., 767.

(4) Carta de Pole a Morone, de 25 de mayo de 1554, publicada por Brown, V, n. 882, p. 492-493. La súplica de Pole aquí mencionada, de que se le diese orden de volver, era ya conocida de Morone el 6 de mayo. Ibid., n. 884, p. 497; cf. Ancel, 769, nota 1.

el matrimonio de Felipe con María, y quitar así todo motivo de sospecha. Que aun ahora podía Pole reparar este descuido, explicando al emperador con toda verdad cuál era su sentir respecto del casamiento (1). Respondióle el legado, que desde su llegada a Bruselas siempre se había expresado según la mente imperial sobre el enlace de María con Felipe. Que la resolución con que Carlos V y Granvela le habían despedido, sólo entonces hubiera podido ser mayor, si hubiesen tomado el palo abiertamente y sin rodeos (2). Por eso persistió pidiendo le relevasen de su cargo.

En estas complicaciones, al parecer desesperadas, halló la causa de Inglaterra y del Papa un hábil defensor (3) en el nuncio de Bruselas y arzobispo de Conza, Jerónimo Muzzarelli, dominico, cuya prudencia y modestia ya antes había reconocido Morone con el mayor elogio (4). Muzzarelli supo hacer, que poco a poco volviese a tomar el emperador una disposición de ánimo más benigna para con Pole. Ya el 10 de junio creyó poder escribir a Roma, que el emperador no se opondría a la partida del legado a Inglaterra (5). La efectiva celebración del casamiento español en 25 de julio dió luego también ánimo a Pole mismo para salir de nuevo de su retraimiento. Con carta de 11 de julio envió un mensajero a Inglaterra para dar la enhorabuena a Felipe (6). Algo más tarde se atrevió a dirigirse también de nuevo por primera vez a Carlos V, y expresarle asimismo sus gratulaciones. El portador de la carta, Ormanetto, hubo de ir a buscar al emperador en el campamento. A las instancias de Ormanetto, a que concediese al fin al legado pontificio libertad para el cumplimiento de su comisión, se sustrajo Carlos con respuestas evasivas. Declaró, que primero había de tomar informes en Inglaterra sobre el estado de las cosas (7).

Rechazado del emperador, dirigióse el cardenal inglés en 21 de septiembre al rey Felipe, y se quejó con modo atento y cortés de las eternas esperanzas en lo por venir, con que se le entrete-

(1) Ancel, 767.

(2) Brown, V, n. 882, p. 492.

(3) Ancel, 769.

(4) V. en el n.º 21 b del apéndice la carta de Morone a Pole, de 21 de diciembre de 1553 (*Bibl. Corsini*). Muzzarelli estaba en Bruselas desde el 15 de marzo.

(5) Ancel, 769.

(6) Brown, V, n. 917.

(7) Ancel, 770.

nía. ¿Quién era, le decía, a quien por tanto tiempo se dejaba estar a la puerta y llamar? Era un hombre, que por causa de la esposa de Felipe, por la defensa de sus derechos a la corona, había sido expulsado de palacio y de su patria, y ahora desde hacía ya veinte años estaba comiendo el pan del destierro. Demás de eso, no era sólo Pole como hombre privado quien deseaba la entrada en Inglaterra. Como, según el relato de los Hechos de los Apóstoles, Pedro libertado de la cárcel, hubo de estar llamando mucho tiempo a la puerta de la casa de María, madre de Juan, hasta que se le abrió, así ahora estaba de nuevo Pedro ante la casa de otra María y llamaba a la puerta. Si fué antes comprensible, que María no le hubiese abierto por temor, ahora podía apoyarse en su esposo; y el propio interés de la reina exigía que se dejase entrar a Pedro, porque en el reconocimiento del Papa estribaba su legitimidad y su derecho (1).

En 28 de septiembre repitió Pole semejantes pensamientos en una carta al emperador (2), a quien fué enviado de nuevo Ormanetto. Pero también ahora respondió Carlos, que no había aún llegado el tiempo adecuado, y que a su regreso hablaría más extensamente con el legado (3).

La audiencia que con eso había prometido al cardenal inglés, tuvo efecto el 11 de octubre en Bruselas (4). Pole declaró, que dos dificultades impedían la reconciliación de Inglaterra, los errores en materias de fe y el asunto de los bienes eclesiásticos. Que en materias de fe no podía el Papa transigir; pero que en lo que se refería a los bienes de la Iglesia, estaba dispuesto a hacer concesiones. Hasta qué punto Julio III había reducido ya sus demandas en el breve de 28 de septiembre, no lo comunicó Pole inmediatamente todavía, sino que habló sólo de los poderes que le había concedido el breve pontificio del principio de su legación. Carlos respondió, que por cuestiones del dogma no había que tener ningún temor, pues estaban ante gente, que carecía por entero de toda convicción firme religiosa. Que como él lo sabía por su experiencia en Alemania, de lo que principalmente se trataba, era

(1) Brown, V, n. 946.

(2) *Ibid.*, n. 947.

(3) Ancel, 770.

(4) Carta de Pole a Julio III, de 14 (no 13) de octubre de 1554. Brown, V, n. 952. Ancel, 784.

de los bienes eclesiásticos; y que deseaba ver las facultades del legado respecto a este punto. Que antes de tomar ulteriores resoluciones, quería aguardar la vuelta de su enviado Erasso.

Como en esta audiencia, así tampoco otras veces ni al emperador ni a María expuso Pole al punto toda la extensión de sus poderes. Al expreso deseo de Carlos V de ver el breve de 28 de septiembre, se había ciertamente anticipado, por cuanto ya antes de la audiencia lo había presentado a Granvela. Con todo, sobre otro importante documento guardó todavía por largo tiempo riguroso secreto. Es el caso, que en 5 de agosto le había prometido el Papa en un breve, que confirmaría y tendría por válido todo lo que hiciese su legado (1). La causa de esta reserva consistía en el cuidado angustioso, con que Pole evitaba todo lo que, según su sentir, podía dejar parecer las negociaciones sobre la vuelta a la unidad eclesiástica como un asunto mercantil, y las concesiones pontificias como un precio de compra. Muzzarelli, de conciencia no menos recta y delicada, no estaba en esto conforme con Pole. Hacía notar, que el legado necesariamente había de dar conocimiento de sus facultades, así al emperador como a los monarcas ingleses; y que ellos tenían que estar exactamente informados en este asunto, a fin de poder tomar los medios más apropiados para la reducción de Inglaterra. Que la reserva de Pole tenía por consecuencia, que tanto en Bruselas como en Londres se dudase de la buena voluntad del Papa; y que se sospechaba, que él primero quería someter a Inglaterra de nuevo a la Santa Sede, y después usar de rigor, exigiendo la entera devolución de las propiedades eclesiásticas (2).

Porque los poderes del breve de 28 de septiembre no parecieron bastante extensos ni al emperador ni a Felipe, dió Carlos V a su embajador en Roma, Manrique, el encargo de agenciar con Julio III su ampliación. Escribióle que se considerase en Roma, que los actuales poseedores de los bienes eclesiásticos más atendían a la utilidad material que al provecho de su alma, que eran muy numerosos, y con el temor de perder sus posesiones harían desesperados esfuerzos para amotinar al pueblo (3). Pole, que prefería unos expresos poderes a los que se contenían de un modo general en el breve de 5 de agosto, unió sus ruegos con los del

(1) Se halla impreso en Weiss, Papiers de Granvelle, IV, 70.

(2) Ancel, 785.

(3) Ancel, 786.

emperador. Pidió que fuera de la facultad otorgada el 28 de septiembre, de entrar en acomodamientos y negociaciones sobre los bienes de la Iglesia, se contuviese en el breve de un modo claro y distinto el derecho de renunciar lisa y llanamente a las propiedades eclesiásticas; y además, que se suprimiese sencillamente la cláusula del breve anterior que decía, que en casos de especial importancia se había de acudir inmediatamente a Roma (1).

Aun antes de que llegase respuesta a estas proposiciones, se habían quitado las últimas dificultades contra la entrada de Pole en Inglaterra. El emperador, como lo mostraban los pasos que había dado con el Papa, tomó ahora de veras cumplir con la promesa de dejar al legado que ejerciese su cargo. Asimismo había de desear el rey Felipe ser soberano en reino católico. María declaró paladinamente, que estaba dispuesta a dar su vida por el restablecimiento de la unidad eclesiástica (2). Dos dominicos y dos franciscanos, entre estos últimos el docto Alfonso de Castro, habían ido con Felipe a Inglaterra y predicaban en Londres con sus hábitos; por lo cual fueron mofados al principio, pero pronto ganaron influencia con su eminente saber (3). Grande impresión produjo el que Gardiner, el 30 de septiembre, en un sermón en la plaza de San Pablo de Londres, confesase públicamente ante un numeroso auditorio, que él había faltado con su cooperación al cisma en tiempo de Enrique VIII, y que había recibido por ello justo castigo con su encarcelamiento en el reinado de Eduardo VI (4).

Si no se quería dejar escapar el momento favorable, urgía que Pole partiese a Inglaterra, porque el 12 de noviembre había de abrirse el Parlamento, y allí tenía que discutirse el asunto de la reconciliación.

Aun a tiempo oportuno llegó el 20 de octubre a Bruselas el embajador imperial en Londres, Simón Renard. El 22 explicó a Pole, en presencia del nuncio, el estado de las cosas en el reino inglés (5). Dijo que tres clases de gente eran allí contrarias a la reconciliación con Roma: aquellos a cuyos ojos la libertad religiosa

(1) Carta de Pole a Julio III, de 19 de octubre de 1554, publicada por Brown, V, n. 954.

(2) Ancel, 787.

(3) Ibid., 783.

(4) Ibid.

(5) Carta de Pole a Julio III, de 23 de octubre de 1554, publicada por Brown, V, n. 955.

era equivalente a libertad de la carne; los que se habían enriquecido con los bienes eclesiásticos; y finalmente los ambiciosos, de quienes eran muy deseadas las revueltas y sediciones en la nación. Que las expresiones del breve de 28 de septiembre habían despertado en Inglaterra el temor de que Pole, después de la unión con Roma, denunciaría judicialmente a los poseedores de bienes de la Iglesia y demandaría su restitución. Después propuso Renard al cardenal inglés, las cuestiones, de si pensaba hacer su entrada en Londres con las insignias de la dignidad de legado, si quería ejercer sus poderes en inteligencia con Felipe y María, y si el Papa otorgaría una ampliación de los poderes concedidos hasta entonces. Pole respondió, que ante todo se había de cesar de esperar la salvación de las eternas dilaciones. Que él no tenía ninguna dificultad en entrar en Inglaterra como un simple enviado pontificio, sin las insignias de legado. Que asimismo no vacilaría en aconsejarse con ambas majestades en el uso de sus facultades, y que no tenía duda alguna de la pronta voluntad del Papa de acceder a lo que se pidiese.

En una segunda conferencia celebrada el 25 de octubre, volvió de nuevo Renard al asunto de los bienes eclesiásticos y a la ampliación de los poderes pontificios. Para tranquilizarle, le mostró ahora Pole el breve secreto pontificio de 5 de agosto, en el cual Julio III se declaraba de antemano conforme con todas las decisiones de su legado. Renard quedó muy satisfecho y declaró, que si se hubiera tenido antes noticia de este documento, hubiesen sido innecesarios los últimos pasos que se habían dado con el Papa. Por consejo de Renard fué presentado también el breve al emperador, quien atónito dijo a Muzzarelli, que si el legado no estaba aún en Inglaterra, sólo a sí mismo lo había él de atribuir (1).

Así por tanto había llegado al fin el tiempo de Pole. El gozo que por esto tuvo, como escribió Muzzarelli, fué «increíblemente» grande, y en cartas a Londres y a Roma lo expresó muy vivamente (2). Su satisfacción sólo pudo aumentarse por una carta de la reina de 6 de noviembre. Notificábale ésta, que el sábado ante-

(1) Ancel, 788.

(2) Carta de Muzzarelli a del Monte, de 28 de octubre de 1554, publicada por Ancel, 789. Carta de Pole a María, de 27 de octubre, que se halla en Brown, V, n. 958; a Felipe, de 27 de octubre, *ibid.*, n. 959; al cardenal Morone, *ibid.*, n. 960.

rior en una solemne sesión tenida en presencia del rey, había declarado a su Consejo, que según su opinión, era ahora tiempo de llamar al legado y concertar la reconciliación con Roma. Que todos unánimemente habían aprobado esta opinión de la reina, y que al punto a dos de los más principales e influyentes consejeros, lord Paget y lord Eduardo Hastings, se les había dado el encargo de trasladarse a Bruselas, e invitar al legado en nombre del Consejo real a ir a Inglaterra (1). En 8 de noviembre el embajador inglés en Bruselas, Juan Mason, notificó oficialmente esta invitación al emperador, y el día siguiente hizo saber Granvela al cardenal inglés, que ahora era tiempo de prepararse para su viaje a Londres (2).

El 11 de noviembre se presentaron al legado Paget y Hastings, no sin tocar en seguida de nuevo la cuestión candente de los bienes eclesiásticos, que formaba el único impedimento de la reconciliación con el Papa (3). El 12 tuvo Pole su audiencia de despedida con el emperador, y el día siguiente partió de Bruselas.

Su viaje hasta Londres semejóse a una marcha triunfal (4). El 19 de noviembre fué recibido en Calais, a su primera entrada en territorio inglés, de un modo solemne por el mariscal al frente de la guarnición y por todas las autoridades. Al desembarcar en Dover le saludaron por encargo del rey y de la reina sir Montague y Thirlby, obispo de Ely, con un gran número de nobles. Cuanto más iba adelantándose, tanto se le juntaban más miembros de la nobleza de provincias, hasta que al fin llegaron a formar su séquito mil ochocientos jinetes.

En Cantorbery fué Pole recibido por el pueblo con jubilosas aclamaciones. Desde aquí envió a Ricardo Pate, obispo de Worcester, a las dos majestades, para saber dónde y cuándo le querían conceder audiencia. Cuando luego después de dos días continuó su curso, en Gravesend dos miembros del Parlamento le trajeron la noticia, de que la orden de destierro dictada contra él en tiempo de Enrique VIII, había sido revocada en el Parla-

(1) Ancel, 789.

(2) Carta de Pole a Julio III, de 11 de noviembre de 1554, publicada por Brown V, n. 962.

(3) *Ibid.*, n. 962, p. 592.

(4) Descripción del viaje según una *carta de Pole a del Monte, de 25 de noviembre de 1554, que se halla en el *Archivo secreto pontificio*, Inghilterra, III, 69 s. Cf. Ancel, 790 ss.; v. también Lingard, 177.

mento con estruendosos aplausos, en presencia del rey y de la reina. Al entregarle el documento, que sobre esto se había extendido, le advirtieron los dos comisionados, que los dos soberanos deseaban, que se presentase como legado y apareciese ante ellos con las insignias de su dignidad.

La misma propuesta se le hizo ya a Pole en Cantorbery, pero entonces fué por él rehusada. Ahora, como las mismas majestades la repitieron, tuvo que rendirse el cardenal. En la proa de la barca real, que le había enviado María a Gravesend, fué fijada la gran cruz de plata propia de los legados, y acompañado de una multitud de otras embarcaciones, que llevaban a los más principales señores del país, fué navegando el cardenal desde Gravesend, Támesis arriba, hasta Westminster. Allí al saltar a tierra le saludó Gardiner, a la puerta el rey, y arriba sobre la escalera, que subió en compañía del rey, la reina, que se alegró sobremanera por la llegada de Pole, y manifestó que en su subida al trono no había sentido tan gran gozo (1). Este día memorable fué el 24 de noviembre. En el palacio arzobispal de Lambeth tuvo Pole su alojamiento.

La comisión que había llevado al legado a Inglaterra, sólo podía ser desempeñada con ayuda del Parlamento. Desde el 12 de noviembre estaba éste abierto; ya en el discurso de apertura había expuesto Gardiner, que el primer Parlamento de la reina había restablecido el anterior estado de la religión, el segundo había confirmado las capitulaciones matrimoniales de la soberana, y que del tercer Parlamento esperaba ésta la unión del reino con la Iglesia universal (2). Una oposición al cumplimiento del deseo real no era de temer, puesto que ambas Cámaras habían levantado ya gustosísimas el destierro de Pole. El modo como había de efectuarse ahora en el Parlamento la reconciliación de Inglaterra con Roma, fué tratado el 25 de noviembre por Gardiner y Pole, al día siguiente fué dispuesto por Pole en inteligencia con los dos reyes y se puso en ejecución del 28 al 30 de noviembre, como se había determinado de antemano. Muy felizmente sucedió, que precisamente durante la conferencia entre Pole y las dos majestades fué presentado un paquete de

(1) Lee, 346.

(2) Lingard, 177.

Roma, que contenía la bula pontificia con todas las modificaciones que Pole deseaba (1).

El 28 de noviembre se reunió el Parlamento en el palacio real de Whitehall. Pole fué introducido solemnemente, y en un largo discurso expuso el fin de su misión (2). Primero agradeció que con el levantamiento del destierro se le hubiesen restituído su patria, sus bienes y su título de nobleza. Dijo que él ahora había venido para devolver también por su parte a su patria el título de nobleza, que había perdido en los tristes acontecimientos de los últimos decenios. Que hasta entonces Inglaterra se había señalado por su adhesión a Cristo y a la Santa Sede, y esta adhesión la había fomentado en sí misma, y por medio de S. Bonifacio la había difundido por otras naciones. Que se había renunciado a esta magnífica preeminencia y título de nobleza, porque la Santa Sede no quiso condescender con una pasión criminal, y en entera oposición a los antepasados se había acudido a naciones extranjeras para hacerse imponer en las abominaciones de falsas doctrinas. Pero que ahora Dios había suscitado al país una reina, que quería sacarlo de esta esclavitud, y que las dos potestades más elevadas de la tierra, el emperador y el Papa, se habían juntado para apoyarla. Que el rey, como representante del emperador, restablecería la paz temporal, y que él mismo, como representante del Papa, había venido para dar a sus compatriotas la paz espiritual. Que sólo a dos condiciones iba ligada la reconciliación con el Papa: que habían de reconocer su yerro, y derogar las leyes contra la autoridad pontificia.

Después de su discurso se retiró Pole y Gardiner tomó la palabra. Su demanda respecto a la unión con la Iglesia fué recibida con general aplauso, y aprobada el día siguiente en votación regular.

El 30 de noviembre se reunió de nuevo el Parlamento en la gran sala del palacio real. A la izquierda de la reina estaba sentado Felipe, y a la derecha, pero más alejado del trono, el cardenal. Gardiner dió comunicación de las resoluciones del día ante-

(1) Ancel, 792 ss. Esta bula fué descubierta por Ancel en las *Reg. Vat. 1795, p. 295 (*Archivo secreto pontificio*). Lleva la fecha de 1.º de agosto de 1554, para que aparezca la reconciliación de Inglaterra como consecuencia del casamiento de la reina, efectuado el 25 de julio. Ancel, 792 nota.

(2) El contenido del discurso puede verse en Ancel, 793, según una copia del *Archivo secreto pontificio*.